[illegible] DE RUSIA

[illegible] que vibren [illegible] Stoessel, y [illegible] los mayores [illegible] al defensor de [illegible] llamará su hijo predi- [illegible] cruz más sobre el unifor- [illegible] Santo Sínodo le pone otra ben- [illegible] sobre la cabeza; y el guerrero [illegible] por los soldados al frente de sus [illegible] con todos los honores militares, á [illegible]

[illegible] nombre de Stoessel pasará á la historia; [illegible] volverá á Rusia para gozar los triun- [illegible] que le hará acreedor su heroísmo. Los soldados que pelearon como él y fueron héroes sin esperanzas de recompensa, esos se pudrirán de incógnito bajo los escombros de la rendida fortaleza, abonarán con sus restos en descomposición los campos manchurianos, ó volverán á Rusia, los inútiles á mendigar, los sanos á cavar la tierra y á pagar las contribuciones.

Para esos soldados defensores de Port-Arthur no habrá más cruces efectivas que la amarga cruz de su vivir, ni más bendición que la de sus padres, ni más historia que la referida en voz baja por cuatro viejos junto á hogares escasos de alimento y de leña. El czar les llamará hijos cuando desfilen por delante de él y les tratará como siervos cuando se desperdiguen sobre la estepa.

Cuando pienso en esto se me llenan los ojos de lágrimas y si no encuentro en mi alma palpitaciones de entusiasmo para el bárbaro heroísmo de Stoessel, las hallo de ternura y de compasión para los infelices soldados que le ayudaron á hacerse héroe.

Por lo demás, la rendición de Port-Arthur me ha causado profunda alegría. No ciertamente por el triunfo de Mutsu-Hito y de su Japón oficial. ¿Eso qué? En tal sentido significan lo propio á mis ojos el czar que el Mikado.

Mi alegría es porque la caída de Port-Arthur prologa el principio de otra caída: la caída de la Rusia oficial, de la Rusia que representa para la civilización una amenaza, y para la humanidad una deshonra.

Si Port-Arthur no hubiese caído; si la escuadra rusa no se hubiese deshecho á golpe de cañón japonés; si Kuropatkin no hubiese ido de retirada en retirada y derrota en derrota; si todos esos batallones y barcos; si todos esos jefes con uniformes festoneados de pieles y bordados de oro hubiesen impuesto al Japón, por decretos de la victoria, las voluntades del autócrata ruso, ¡qué hubiera hecho el autócrata ruso, el pontífice de la Rusia oficial, con la otra Rusia, con la Rusia humana que gime de hambre en las estepas y agoniza de miseria en los talleres y tiembla de espanto en los gabinetes de estudio! ¡Qué hubiera sido de los ganados de humanas criaturas, que los caprichos del autócrata llevan de un lado á otro cuando bajan humildemente la cabeza, y que las ferocidades del autócrata entierran en las minas siberianas y cuelgan de las horcas cuando quieren alzar la cabeza en son de protesta ó de rebeldía!

¡Qué hubiera sido de toda esa Rusia si la victoria se inclina del lado de Nicolás II!

¡Qué hubiera sido!... El czar triunfante, sus generales vencedores, las tropas volviendo á la patria para imponer el despotismo á balazos y la servidumbre á crujidos de látigo; los que durante la guerra maldijeron de ella por inicua y de sus iniciadores por insensatos y crueles, cederían de su ocio á los instrumentos de tortura; repoblarían los *in pace* de nieve, que la muerte, con ser tan ligera en vaciarlos, nunca deja vacíos; los pensadores tendrían que echar la llave á sus cerebros; los trabajadores que poner mordazas á su hambre y puntales á su resignación; las esperanzas de libertades y progreso que detener su viaje á la realidad; Europa, inclinada ante los vencedores, que sufrir sin protesta el encastillamiento de la barbarie en plena civilización. Todo enmudecería ante la voluntad del autócrata y la dinamita sería la única voz redentora que se alzase en el imperio ruso.

Ahora, no. La derrota de la Rusia oficial es el triunfo de la Rusia humana. Los uniformes festoneados de pieles y bordados de oro, las armas relucientes, los barcos podridos de cañones, la vistosa quincallería con que el despotismo se ufanaba para cifrar en ella su razón de existir, pierde su prestigio. «Si ni aun para matar bien y vencer bien servís, ¿á título de qué tratáis de imponeros y de esclavizarnos?, gritará el pueblo ruso. Perdida vuestra bárbara y sangrienta aureola, ¿qué derecho os asiste para seguir viviendo? Morid. Enterrad lo que ha dejado vivo de vosotros el pelotón japonés; enterrad con vosotros la Rusia de la fuerza y la matanza, de la conquista y de la servidumbre, y ceded el paso á otra Rusia, á la nuestra, á la Rusia que quiere incorporarse á la humanidad.»

Realmente, la derrota del czar es el triunfo de Rusia. Más que los japoneses, deben celebrar los rusos el rendimiento de Port-Arthur.

Port-Arthur rendido es para los japoneses una victoria militar; para el pueblo ruso, una victoria humana.

JOAQUÍN DICENTA.

El hierro y el fuego.

Cádiz y Valencia.

Los dos elementos que nos sirven de epígrafe, en manos de la burguesía, no dejan de dar juego y triturar en todas partes, y en todos los casos, á la clase trabajadora.

Noticias de Cádiz y Valencia nos demuestran que el belicismo sigue dando pasto al sepulturero, y éste, familiarizado con su repugnante oficio, trabaja á destajo y cobra por arancel el pingüe negocio que en estas ocasiones le depara el canibalismo de la odiosa burguesía.

En Valencia, la huelga ha sido general é [illegible] los panaderos, los conductores de coches y tranvías, los tipógra- [illegible]

una vez más—quizá para fecundarlo—el suelo fértil con que nos brinda la madre común para extraer de él nuestro sustento, en vez de mancharlo con el crimen fratricida, del cual son únicos responsables los que lanzan á la pelea, azuzados como perros, á hermanos contra hermanos.

Un huelguista ha perdido una oreja de un sablazo, heroico blasón con que mañana podrá adornarse el pecho de uno que fué obrero, ante la estatua muda del dolor, que representará quizá un cadáver mutilado.

Hecho heroico que en páginas de fuego inscribirá la historia, fuente fecunda del pasado, donde se abrevarán las futuras generaciones, cubriéndose el rostro enrojecido de vergüenza ante el ensañamiento vergonzoso del tirano contra el débil, cuyo grito enronquecido por el hambre, siempre es ahogado por la férrea mano del verdugo ó con la cuerda enrojecida é infamante del sanguinario opresor.

Grupos de mujeres y niños villanamente aporreados, pisoteados, escarnecidos por los que fueron obreros, por los que también son hijos del desdichado pueblo que trabaja, sufre, calla y paga con su sangre, con su esfuerzo y con su vida, para que gocen de sus productos en banquetes y festines crapulosos los audaces, los malvados, los poseedores del funesto capital.

En las calles de Valencia han vuelto á verter sangre los obreros; aquellos campos anegados por el Turia, verdeantes de arrozales suculentos ó poblados de naranjos de suntuoso follaje, esmaltados de dorado fruto y azahares de esplendorosa y perfumada blancura, debieran ser cubiertos con el rojo sudario que impregnó la sangre de sus mártires, corrompida por infectos miasmas del paludismo despiadado que agosta sus energías juveniles, entre emponzoñadas humedades, cercenada gota á gota por el infame famelismo, ó derramada á torrentes por el hierro y el fuego que esgrimen contra el desdichado productor los aleznos fratricidas de aquella innoble y feroz burguesía.

La huelga ha terminado como siempre, rota contra los derechos de los débiles por la estulta mano armada por el fuerte; entre esquiroles y asesinos destruyen la labor de los altruistas, cuyo fin está prescrito por los *amos* con caracteres rojizos, en los muros enlodados y en el fondo tenebroso de esas fosas cinerarias, conocidas con los nombres de cárceles ó presidios.

Inútil es decir que las ergástulas valencianas están repletas á estas horas de compañeros huelguistas.

No debemos olvidarlos los que nos encontramos en libertad; de todos modos no debemos encontrarnos muy seguros, y ya sabéis el proverbio latino:

Hodie mi cras tibi.

***

En Cádiz, ya no se trata de pequeñas escaramuzas; puede decirse que han sido batallas campales las que han surgido entre la fuerza, que han dado en llamar pública, y los vecinos que gritaban pidiendo pan.

En un despacho oficial, publicado por *El Imparcial*, del día 10, se lee lo siguiente:

«Acudieron un oficial y cuatro individuos de la guardia civil, contra quienes los revoltosos arrojaron piedras, tiestos y toda clase de objetos, disparando dos tiros de revólver contra el oficial, que al ver arrollada la fuerza, *ordenó hacer fuego al aire, resultando un muerto y un herido grave*, y si bien se asegura que hay otros dos heridos, no se ha comprobado hasta ahora.»

Así, como suena; no se puede dar mayor escándalo, *fuego al aire*, resultando muertos y heridos.

Ante esta afirmación, sólo cabe esta disyuntiva: si es verdad que el gobernador ha dicho esto al ministro, como asegura *El Imparcial*, y el oficial se lo ha dicho al gobernador, tendremos que suponer que había *manifestantes aéreos*, y si éstos no existían, lo de los tiros al aire fué una solemne mentira.

De un modo ó de otro, lo que desgraciadamente queda demostrado es la imponderable bravura de los municipales cargando sable en mano contra mujeres y niños hambrientos y la mala puntería de los guardias tirando al aire y haciendo blanco en las desdichadas víctimas; pero más que nada se demuestra, la frescura del gobernador, del ministro y de *El Imparcial*, al comunicar, recibir é insertar tan incalificable despacho.

¡Ah! ¡Cádiz, Cádiz! Entre tantas lindezas de galano estilo como te han cantado tus poetas, quizá no habrás oído jamás las endechas de amor que le debes á tu *lindo* alcalde, á tu *leal* gobernador y al *previsor* oficial que mandaba *disparar al aire* para que no resulten más de un muerto y varios heridos.

Yo, en tu seno, quizá te haría recordar aquellos párrafos grandilocuentes de tu *Málaga* historia, donde tus hijos predilectos sacrifican la honra y la existencia por su patria y grabaría con rojos é incandescentes caracteres en tu corazón y tu conciencia aquellas sangrientas jornadas, donde lucharon hasta morir ó vencer tus heroicos patricios; pero no para que repitieras tan sangrientas y repugnantes hazañas, no, sino, para que estudiaran tus hijos, los [illegible] desenlaces y aprendieran á comprender cuán inútiles fueron aquellas repulsivas crueldades, cuán estériles tan decantadas victorias, cuán infames los procederes de aquellos políticos que los lanzaron á la brutal carnicería con el solo objeto de encumbrarse.

[illegible] el pueblo siempre es el pagano, y á la voz de Dios y Patria fué acribillado, [illegible] en las barricadas, barrido por la artillería, mutilado por la metralla, deportado á las ergástulas africanas; en cambio, los directores se ceñían los laureles del movimiento ó marchaban, al abordaje, al extranjero, donde comían libres y tranquilos el pan de la emigración.

[illegible] sí, hermosa Cádiz, de todas esas epopeyas, esos que comunican, los otros que insertan y aquellos que mandan *disparar al aire*, se nutren, medran, mantienen á [illegible]

dos carrillos; y siempre son los de arriba; ¡y tú eres siempre el de abajo! ¡pueblo desdichado! ¡escarnecido productor!

¡No dejes de luchar por eso, no!; la lucha es vida; evoluciona, rompe, sí, las fuertes ligaduras con que te aferra tu opresor; pero... ¡rómpelas de una vez; sacude el yugo denigrante y no dejes la cerviz ante ninguno!

Antes que morir de hambre, preferible es morir de un tiro; la rebeldía es la mejor de las defensas contra la tiranía y la infamia de los potentados. ¡En Cádiz ha vuelto también á derramarse sangre proletaria! ¡Amásala, productor, con lodo infecto, y arrójasela al rostro, con salvaje violencia, á tu cruel verdugo!, ¡que su olor le asfixie!, ¡que su mancha indeleble sea el estigma denigrante del tirano, el baldón que afrente al opresor!

TRIBUNA PEDAGÓGICA

ENTRE DOS MADRES

—¡Oiga!... señora Prudencia, regáñele al chico que me está espantando las gallinas y le va á morder el perro; ya le he dicho que se vaya, pero no quiere hacerme caso.

—¡Ruperto!... ¡Ruperto!... ¡*recondenao*! ¡no des guerra á los vecinos y márchate á la escuela.

—¡A la escuela!... pero ¿á qué escuela señora Prudencia?... si *toos* los días le dice usted lo mismo y el chico no va nunca.

—Pues hija, no será porque no lo hemos puesto; lo que pasa es que entre días de fiesta, vacaciones y jolgorios, en el convento de los frailes, nunca es día, y en cuanto rezan y oyen misa, los echan á la calle.

—¡Anda, anda!; pues haberlo dicho, señora, haberlo dicho; ¿por qué no lo envían ustedes á la escuela laica y no pasará eso; mi nieto va todos los días, y ahí no hay santos, ni rezos, ni funciones, solamente el domingo les dan de descanso, los demás días, ¡á la escuela!; hasta el jueves santo fué este año mi chico, y si no, ¿á que nunca lo ve usted un día en casa.

—Es verdad señora Matilde; pero qué quiere usted que yo le haga; mi hombre trabaja en una obra de los frailes, y si se enteran que mandamos al chico á la escuela láica, ya sabemos que lo dejan de más, y es peor el remedio que la enfermedad.

—No haga usted caso señora Prudencia; al mío le pasó otro tanto, pero á los dos días se colocó su padre en otro taller, y ahora todo se vuelven halagos para que ambos vuelvan al convento; el uno, á romperse los huesos trabajando por poco más de nada, y el otro, á soltar los céntimos que gana el padre, en libros, plumas, lapiceros, cuadernos y hasta el agua, señora, hasta el agua le cobraban los frailes á mi nieto; parece que los enseñan de balde, pero les costaba más, mucho más que pagan en la escuela laica.

—Y que lo diga usted hija; en poco más de un año que tenemos á éste, nos cuesta un ojo de la cara, y eso que aún no ha salido de la cartilla; en cambio reza como un papagallo y canta las letanías y sabe ayudar á misa y decirle versos á la virgen, porque el chico, ahí donde usted le ve, es muy listo, muy listo, señora Prudencia.

—Sí, muy listo, muy listo; pero ya tiene diez años y pico y pronto tendrá usted que ponerlo á oficio, y si sigue así, sólo servirá para peón de albañil como su padre.

—Es verdad, señora, pero... ¿qué quiere usted que yo le haga?... ¡Si por mí fuera!

—Mire usted, señora Prudencia; yo soy ya vieja y tengo experiencia de la vida; el mayor de los cinco que me quedan, entró de pequeño en una escuela de los frailes, y le pasó lo que al de usted; á los once años sólo sabía rezar y ayudar á misa; se quedaron con él de monaguillo, y por dos ó tres duros que le daban todos los meses, lo hartaban de pescozones y lo hacían trabajar como una bestia.

A los quince años nos dijeron que ya no les servía porque le estaban chicas las sotanas y lo echaron á la calle.

Lo pusimos á oficio, pero no se quiso sujetar á no ganar nada, porque lo habían acostumbrado á las propinillas y el producto de los cabos de vela, que se embolsaba para su tabaquejo y pequeños vicios.

Antes de tiempo sentó plaza de soldado, y al estallar la guerra del Norte, se marchó con un fraile que fué á capitanear una partida y hace treinta años que me entró por las puertas con una pierna menos, casi ciego y sin un céntimo, y ahí está, parece más viejo que yo, viviendo al calor de la familia, casi idiota, señora, jamás ha servido para nada.

—¡Ay! ¡vecina de mi alma! El mismo camino lleva el mío; sueña con ser militar; toda su alegría consiste en marchar á las pedreas; por dos veces ha venido *escalabrao*; por nochebuena le regalaron los frailes un tambor y su padre le compró un sable de hoja de lata; al chico de la Venancia casi le saltó un ojo con el sable y tuvimos que pagar unos cuartos al médico y la botica, y en casa no podemos parar con ese demonio de chico; día y noche con el tambor y el sable colgados, dando *porrios* y patadas imitando á la tropa, cuando no andaba jugando á los soldados con los chicos de la vecindad.

—¿Y su padre qué dice á todo eso?

—Su padre, su padre se ríe á mocosaído celebrando las gracias del pequeño, y cuando me quejo de sus travesuras, regaña conmigo y dice que así le gustan á él los niños, con aspiraciones, porque el hermano que los frailes han puesto en la escuela le ha dicho que otros más torpes que el nuestro han llegado á generales, y que nuestro hijo es muy á propósito para la carrera militar.

—Lo mismo es capaz de decir que puede llegar á obispo, señora Prudencia, porque yo que soy más vieja que el hermanuco de la escuela, conozco á muchos que de pequeños les enloquecían [illegible] las orejas de burro, y sin adelantar un paso en la enseñanza, los metieron á frailes, fueron á la facción en la guerra carlista, y á la vuelta les [illegible]

[illegible]

do lo que más les cuadraba y lo que más falta les hacía era un ronzal.

(*Histórico*).

APOCALIPSIS

Campesino: ¿Por qué á tu destino maldices? ¿En qué fundas tu malestar y descontento?

El genio de tus semejantes, ¿no ha creado esas poderosas máquinas que economizando tu fuerza muscular, transportan tus producciones á los países más remotos?

Tus herramientas de trabajo, ¿no se han perfeccionado hasta el punto de sin braceros, poder laborar con tus máquinas esos campos inmensos que la Naturaleza te brinda con generosidad pródiga?

Tienes Bancos agrícolas donde proporcionarte emolumentos, y, por último, esos emporios de agricultura llamados granjas, ¿no perfeccionan tu sistema de cultivo?

Decidme, campesinos: ¿En qué fundáis vuestro descontento y malestar?

Obrero de los grandes centros: ¿por qué te amotinas? ¿Por qué tus labios constantemente pronuncian palabras de amenaza?

No será porque carezcas de lo necesario para la vida, pues por donde quiera dirijo mi vista tropiezo con soberbios almacenes de comestibles y bebidas, señal inequívoca de la abundancia en que vives.

Lujosas tiendas de vestidos en donde te provees del abrigo que te preserva de los rigores del invierno, é infinidad de comercios de todas clases en donde adquieres, con suma facilidad, hasta lo más superfluo...

Centros de instrucción, Bibliotecas, Museos, Universidades, teatros, círculos, cafés y paseos, se ofrecen á tu elección.

Dime, obrero de los grandes centros, ¿por qué te amotinas? ¿Por qué tus labios constantemente pronuncian palabras de amenaza y descontento?

Mirad, obreros. Ved aquel gigante con cara de esqueleto; sobre la frente lleva esculpido un nombre: ¡Hambre! Allá á lo lejos, en la dirección misma que lleva, se divisa una ciudad inmensa.

Altísimas chimeneas, sin el penacho de humo que atestigua su actividad, se elevan cubiertas, cual estatuas representativas de un poder que fué.

Altivas torres cuyas góticas agujas se internan en las nubes, y las doradas cúpulas reflejando todos los colores del arco iris, demuestran que albergan una religión entre sus muros.

Se aproxima el gigante á la ciudad.

Por el silencio que reina en el interior, parece una ciudad deshabitada. El espectro se detiene, coloca sus descarnadas manos á manera de bocina sobre sus labios, y lanzando un grito agudo y estridente que resuena en todos los ámbitos de la ciudad, se interna por una de sus puertas.

....

¿Qué clamoreo es ese? ¿Qué significa ese espantoso rugido que sale de esa ciudad, antes silenciosa?

¿Y esas negras columnas de humo, esas gigantescas espirales, de dónde proceden?

¡.............!

¡He ahí las luchas humanas! ¡He ahí los dos errores!

El fuerte, arguyendo su derecho hereditario, y el débil, reclamando el suyo á la vida, se han destruído.

¡Estaba previsto!...

¡En el Apocalipsis irradian destellos luminosos!

Campesino, ¡por qué á tu destino maldices?

FRANCISCO GARCÍA

Cartagena.

UN RATO A...

Para «Aurora social».

En un *papel* que se vende en Oviedo y que han dado en llamarle *Aurora Social*, se nos ataca soez y bárbaramente.

Hay que tener en cuenta que la *susodicha Aurora* lleva un subtítulo que dice así:

«Órgano de la Federación Asturiana del partido socialista.»

Y teniendo en cuenta el descaro conque publica *estas cosas*, en *letras muy grandes*, aunque el *papel es pequeño*, hemos de dar rigurosa cuarentena, en lazareto desinfeccioso, á todo cuanto escribe, porque la *tal Aurora* viene preñada de obscuridades pestilentes y ha debido perder en el camino *sus albores sociales*, lo mismo que le sucede con *aquello de Federación Asturiana*, que *casi* no se encuentra en Asturias, quedando, como es consiguiente, *sólo lo del órgano*, pero reducido al diminutivo y la pequeña *parte, partida* y *repartida*, de *partido socialista*.

Dice que nuestro amigo y compañero Urales «se ha retirado del negocio periodístico», y en párrafo aparte, que «fundaron y comieron y vivieron como grandes señores, explotando el artículo ácratas»; se mete después, siempre en *parrafitos* muy pequeños, en otras profundidades de las que sólo ha oído hablar quizá al chico de su portera, y á escape se contradice rebuznando fuerte por los conductos del *órgano*, para lanzar á nuestros rostros las trampas y débitos de Urales y los corresponsales de la acracia.

No pienses, amiguito chupa cuotas, seas quien fueres, que aquí vamos á defender á Urales; entre nosotros su conducta es tan clara é intachable, que tu baba es impotente para mancharla y el saliveo injurioso con que has pensado envenenarle te resulta inútil, completamente inútil; porque á nosotros nos engrandecen vuestros ataques, nos ennoblecen vuestras injurias y nos envilecen vuestros halagos.

A un policía que nos habló mal de nuestros compañeros le dimos las gracias sinceramente, é hicimos una cuestación voluntaria para darle una propina; con esa *Aurora*, empañada por los tétricos nubarrones del socialismo, haríamos otro tanto; lo que sentiríamos profunda y dolorosamente serían sus halagos gatunos y sus caricias de arpía celestina...

Por otro concepto, habremos de decirte que no hemos de gastar espacio ni tinta, necesaria para asuntos más dignos, en remover tu propio excremento para lanzártelo al rostro; bastante encenagados estáis en esa basura depositada por vosotros con la de vuestros cómplices, para abonar vuestro campo de acción, en las cloacas de reformas sociales, cooperativas y aspiraciones legisladoras y concejiles, donde los *listos* medran, las *Auroras* se despejan de sus nebulosidades *socieleras* y los trabajadores pagan el pato, para que sus jefes metan la pata delantera y la saquen untada hasta el codo, de lo que dijo Sancho que no *huele á rosas*, [illegible] tiempo, el alimento cotidiano de vuestros apóstoles.

Al hablar de nosotros nos llama «amos de Tierra», ¿No que somos «de pro», y que queremos dejar dueño á Urales?

Si [illegible] los socialistas nos adorarían de rodillas... ¡qué asco!... y la *Au*-

rora, como sus escribanos de *pluma larga*, saben que TIERRA no es *Aurora*, envuelta entre celajes, y no tiene amos, pertenece á TODOS LOS ANARQUISTAS, y entre nosotros no hay grandes ni chicos, nuestro tamaño es mediano, pero lo suficientemente extenso para no caber por las puertas de los senados, los congresos, los municipios, las secretarías con sueldo, ni las tiendas de ultramarinos y otras zarandajas donde se atesora la abundancia con el nombre de propiedad común á los obreros asociados, pero que los de adentro se comen y engordan, mientras sus dueños entregan las perras y desfallecen de hambre.

Sigan, pues, su camino tortuoso los que piensan redimir al pueblo con bonos, leyes y jefaturas; muerdan cuanto quieran sus serpientes en la lima anárquica; mientras ellos rebuznan, afectando la razón del que más chilla, nosotros, á quienes quisieran ver *ajusticiados á manos de sus verdugos*, seguiremos ejerciendo nuestro DERECHO DEL PATALEO.

Como la crisis económica de TIERRA Y LIBERTAD va acentuándose cada día en mayor grado, no se extrañen los compañeros si el periódico no sale, de hoy en adelante, con la regularidad acostumbrada.

Queremos decir con esto, que será muy probable que alguna semana tengamos que retrasar su salida por falta de medios para publicarlo.

Y como no es cosa de estar todos los días *implorando lástimas*, nos contentamos con insertar estas breves líneas, que dicen más de lo que nosotros quisiéramos decir.

Libre albedrío.

«No hay libre albedrío ni acto voluntario que no dependa de las influencias que obran constantemente sobre el hombre y que limitan aun á los más poderosos.»

MOLESCHOTT

Estamos cansados de oir decir á los teólogos que el hombre es libre. ¡Y esto se permiten decir los mismos que «en todo tiempo han conspirado para destruir la libertad de los pueblos!... Al querer justificar la *Divinidad* no han comprendido que la acusan de parcial é injusta. Cuando predican que, sin poseer la *gracia*, el hombre tiene por necesidad que hacer el mal, caen en contradicción, por asegurar al mismo tiempo que *Dios* castiga con todo su poder al desgraciado que no haya recibido la *gracia* de obrar bien. ¿En qué quedamos?...

Si reflexionamos un poco, tendremos que reconocer que el hombre nunca obra por voluntad propia, por ser violentado en todas sus acciones y, por lo tanto, el libre albedrío es un completo absurdo aun dentro del sistema teológico.

No ignoramos que no depende de nosotros nacer de tales ó cuales padres. Tampoco está en nuestro poder tomar ó no las opiniones más ó menos buenas de nuestros padres ó maestros. Supongamos que yo hubiera nacido de padres mahometanos ó judíos ¿estaría en mi mano hacerme cristiano, ó, por el contrario, tendría la culpa de tener por padres á creyentes en Mahoma ó Moisés?... A pesar de esto, se nos dice por boca de *grandes* y graves teólogos cristianos que su *Dios*, justo y clemente, castigará con penas crueles á los que no han tenido la suerte de conocerle. Mas ¿por qué este *Dios* que, al decir de sus intermediarios, es el padre de todo lo creado, no ha concedido la misma gracia á todas sus criaturas?... Misterios, y siempre misterios, que la humana razón rechaza por absurdos é incomprensibles. Todas las religiones tienen por base la mentira y la superstición, y he ahí por lo que han de desaparecer de la superficie del planeta sin dejar detrás de sí más que el triste recuerdo de su infecunda misión, y por último, el olvido y la paz de los muertos. Sólo la verdad y la ciencia tienen el derecho de vivir eternamente.

El nacimiento de un nuevo ser no depende de su propia elección; viene al mundo porque sí; mejor dicho, viene á cumplir una misión que solamente él está llamado á ejecutar, y si actualmente no logra cumplirla, culpa no es de él y sí de los obstáculos que los demás amontonan ante su paso. Nadie le ha preguntado si quiere ó no venir al mundo. Tampoco la madre Naturaleza se ha permitido consultar con él el país ni los padres que le ha concedido. Después sus ideas, sus conocimientos, falsos ó verdaderos, hijos son solamente de su educación y del ambiente que le rodea y, por lo tanto, tampoco ha podido ser el árbitro de sus acciones. En realidad, sus pasiones y deseos son lógica consecuencia del temperamento que la Naturaleza ha puesto en él y de las ideas que le han sido inspiradas durante el período de su existencia.

Nada de voluntades y acciones propias; éstas no le pertenecen, pues siempre son determinadas por las costumbres, usos, negocios, placeres, conversaciones y pensamientos involuntarios; en fin, por una multitud de circunstancias que jamás dependen de él, y que en todo tiempo escapan á su poder. Imposibilitado de conocer ó prever lo futuro, no puede precisar lo que querrá ni hará un instante después de aquel en que se encuentra. De esta manera camina el hombre desde su nacimiento hasta su muerte sin haber logrado estar libre ni un solo momento.

Nos aseguran que el hombre es dueño de su voluntad puesto que quiere, delibera, elige y se determina. Cierto es que el hombre quiere, pero también es verdad que no es dueño de su voluntad ó de sus deseos; jamás podrá desear ni querer, sino aquello que juzga más conveniente para él y, por lo mismo, es absurdo creer que podrá amar el dolor y aborrecer el placer. Si en alguna ocasión (cuyos casos aislados no pueden formar regla) prefiere el dolor al placer, es determinado por su mayor bien, más claro, puede amar un dolor para evitarse otro mayor.

No es la voluntad ó el deseo del amante el que da á su adorada las facciones de que está enamorado, como tampoco es libre de amar ó no al objeto de su cariño, y no lo es porque tampoco le pertenece su imaginación ó el [illegible]